

Arno iba a penetrar en la gran sala común cuando parpadearon las luces. Uno... dos. Uno... dos. Esto significaba que unas naves aterrizaban en el helado campo exterior. Y las naves sólo podían significar, a su vez, una sola cosa. La escuadrilla de Ralph había regresado.

Se detuvo frente al pasaje por donde la multitud salía, procedente de los dormitorios, los talleres y las cocinas. Todo se paralizaba al parpadear aquellas luces, excepto los incesantes martillazos de la sala en la cual los rebeldes construían la inmensa nave. Arno se quedó contemplando a los hombres que habían dicho No, a las erguidas mujeres, con niños en brazos, a los viejos y los mutilados.

“¡Ellos han cambiado mi mundo!”, pensó Arno.

El odio que se asomó por un momento a sus pupilas, dio una calidad marmórea a sus acusadas y hermosas facciones. Aquella gente, que se precipitaba al salón, para esperar anhelante la llegada de las naves y las noticias de la batalla..., todos formaban una completa disonancia con su mundo ordenado y bien dirigido con su perenne inquietud, sus herejías, paganas, sus sempiternos alborotos.

Se sintió feliz porque, gracias a él, ahora de pie en la sombra, el Estado organizaría a su conveniencia el destino de todos ellos.

Marika salió del taller, con el sudor y la suciedad de la oscura labor en sus brazos y piernas desnudos. Arno observó con marcado desdén sus anchas espaldas, su frente clara y despejada, sus autoritarios ojos. Las mujeres de aquellos rebeldes incorregibles le ofendían más aún que los hombres. Pero, Marika, ataviada con su simple vestido de piel, y su leonina cabellera cayéndole sobre los hombros...

Arno se odió a sí mismo por verse obligado a controlar hasta el más leve impulso hacia Marika. No debía sentir nada por ella. Y no obstante...

—¡Han regresado, Arno! —le gritó ella—. ¡Ralph ha vuelto!

Le cogió del brazo, y ambos se abrieron paso hacia la gran puerta. El espía, con la máscara de la amistad sobre su semblante, no pudo impedir una pregunta que le obsesionaba:

—¿Te importaría mucho que Ralph no regresase?

—¡Como ninguna otra cosa de este mundo! —fue la respuesta de Marika—. Pero esta vez ha vuelto. Si alguna vez le sucede algo, lo sabré.

Arno ignoraba cómo, y sacudió la cabeza mentalmente por enésima vez. Aceptaba el mecanismo de las bárbaras relaciones entre hombres y mujeres, pero no lo comprendía. Aunque sólo tenía veinticinco años, había dado al Estado tres hijos y una hija, y no podía concebir que las asignadas parejas experimentasen hacia Arno lo que él no sentía por ellas. Si su vida se apagara, no cambiaría el curso de las suyas. El único deber de una mujer era cuidar de los hijos y la vivienda, cuando el Estado la consideraba capacitada para esta tarea.

El salón estaba ahora lleno, agrupando a siete mil personas silenciosas. El distante fragor de la sala donde construían la misteriosa nave llegaba sumamente apagado.

Arno podía seguir el curso de las operaciones en el exterior con la misma claridad que si las estuviese viendo: las naves llegadas una tras otra, del espacio en tinieblas, aterrizando en el helado aeropuerto sin aire, y luego remolcadas hacia la protección del hangar secreto.

Arno sabía perfectamente que las naves del Tri-Estado, que registraban el sistema solar, con el intento de destruir el último refugio de la anarquía, habían pasado por alto a los salvajes troyanos y las estructuras que les albergaban.

Una joven esbelta y morena, con un niño en brazos, se acercó a Marika, y Arno, en tanto le sonreía con amistad, le saludó:

—Hola, Laura —se sorprendió ante la prodigalidad de los rebeldes. Animosamente, apoyaban, mantenían y amaban a personas incapaces de realizar ninguna tarea, mujeres como Laura, hombres mutilados y otros sujetos indeseables, obstáculos que habrían debido ser eliminados.

—Estoy asustada, Marika —gimió Laura—. Siempre estoy asustada, temiendo por Karl... Ha vuelto, ¿verdad Marika?

—¡Claro que sí! —Marika pasó su brazo por la cintura de la joven—. Escucha. Ahora abren.

La multitud se precipitó hacia delante. Las puertas dobles se abrieron de par en par. Allí, en el umbral, se hallaba Ralph seguido de sus hombres.

Ralph, el caudillo de los rebeldes, no era alto ni bien parecido, ni siquiera de constitución robusta. Pero cuando alguien le miraba, se sentía irremediabilmente atraído por la fascinación que emanaba de él, por el vigor, por la fortaleza que se desprendía de toda su persona, por el brillo de sus ojos azules, por la vibración de su

voz, por la sonrisa cínica de su boca. Su personalidad no podía olvidarse.

Ralph, no sonreía en aquel momento. Y la multitud comprendió al instante que algo había salido mal. Ralph estaba pálido, agotado, sin afeitarse. Arno sintió el latido de excitación de sus sienes. Sabía lo que iba a ocurrir.

En el salón estalló una oleada de clamores, de preguntas, de nombres. Ralph levantó una mano y el clamor se extinguió.

—¡Hemos perdido tres naves! —anunció quedamente, si bien su voz llegó a todos los rincones—. Las de Vern, Parlo, y Karl. El ataque ha sido un fracaso.

Hubo un momento de angustioso silencio. Arno observó la mortal palidez del rostro de Laura, y cómo Marika dejaba caer súbitamente el brazo con que rodeaba a la joven. Una mujer sollozó y un niño se puso a gimotear.

Un hombre, uno de los científicos rebeldes, vociferó entonces:

—¡Maldición, Ralph, es ya la tercera vez! ¡Si queremos continuar la resistencia necesitamos provisiones, equipo, material!

—Lo conseguiremos —replicó Ralph. En su mirada se leía una profunda obstinación—. Por ahora, tendremos que resistir con lo que tenemos. Pero volveremos a intentarlo.

Se volvió hacia Marika, mientras sus hombres se mezclaban con la multitud.

—Pobre niña... —murmuró, mirando a Laura—. ¡Y ojalá hubiese sido yo!

—¡No! —exclamó Marika—. ¡Tú no! ¡Tú jamás!... ¡Siempre sería demasiado pronto!

Le besó con una fiebre extraña y amarga.

Ralph sonrió.

—El luto te sentaría bien —replicó en son de burla—. ¿No quieres ser la viuda de un héroe? —y le devolvió el beso.

El hijo de Laura estaba llorando. Ralph lo cogió, para confiarlo a Marika, y acto seguido tomó del brazo a Laura.

—Vamos, tengo hambre —concluyó Ralph— y he de afeitarme. ¿Quieres llamar a Frane y al padre Berrens, Arno?

—Sí, Ralph.

La máscara de Arno resplandecía de triunfo. Ralph había perdido tres naves. Treinta hombres en total..., hombres y naves que necesitaba en grado sumo. ¡Estúpidos, pensar que podían enfrentarse con el Estado! La cicatriz de su frente, colocada allí por los hábiles cirujanos del Tri-Estado, enrojeció con el flujo de sangre a su cerebro, y Arno se llevó una mano a la cabeza, para ocultarla, por temor a que le traicionase. Aquella cicatriz impedía que lo destinasen a un puesto de combate, pudiendo de este modo permanecer en la base, donde era más fácil obtener y pasar información.

Antes de avisar a los individuos que, junto con Ralph, regían los destinos de la base de Troya, y por tanto todo el Sistema de los rebeldes, Arno se retiró a su morada. Oculto en la gruesa hebilla de su cinto había un diminuto, pero potente transmisor, que operaba con una longitud de onda variable automáticamente cada cuatro segundos. Sólo el receptor del Protector, en la Tierra, podía sintonizarla.

Arno dio su clave de llamada y esperó la llegada de la voz fría, precisa e impersonal del Protector del Pueblo, caudillo de todas las actividades antirrevolucionarias del Tri-Estado.

—Hay mucho alboroto por el fracaso del ataque —notificó entonces—. Necesitan provisiones de metal para las reparaciones y combustible. Ahora estoy más próximo a su centro de actividades; Ralph y Marika, en particular, son amigos míos. Transmitiré la información que vaya obteniendo.

—¿Todavía no has descubierto el secreto de la nave que están construyendo?

—No. Lo guardan con mucho sigilo.

—¿Ni la situación de su cuartel general planetario?

—No.

—Estos puntos son muy importantes. La destrucción de los anarquistas debe de ser completa, hasta el último hombre —la voz del Protector se alteró hasta un leve toque de emoción—. Tú gozas de una posición privilegiada. El Estado se vería dificultado, en estas circunstancias, para remplazarte. Recuerda tu deber, tu fe, y ten cautela. No debes fracasar.

El contacto quedó interrumpido con un chasquido, y Arno tuvo conciencia de un pequeño escalofrío de inquietud. Era extraño que durante aquellos ocho meses no lo hubiera advertido. Acostumbrado desde la cuna a considerarse como simple pieza más o menos eficiente de una máquina, remplazable en cualquier momento, no comprendió hasta qué punto había cambiado su condición. Sintió vértigo durante un instante, como si el duro suelo en el que se asentaba hubiese cedido de repente.

Después se recobró. No fracasaría. El Estado le había clasificado como Cerebro Tipo 1-4-c, el mejor adaptado a esta clase de trabajo. El Estado le había proporcionado una formación y un destino. No podía fracasar. Lo único que debía hacer era cumplir las órdenes.

Veinte minutos más tarde se hallaba en el cubículo que servía de hogar a Ralph y Marika. Frane, el jefe del grupo científico, estaba sentado en una butaca de metal, procedente de una nave destruida; era un individuo de cabellos grises, y aspecto fatigado. Berrens, el jefe civil, ocupaba la mesa. Era un sacerdote de la religión pagana, y en torno a la garganta lucía un pedazo de paño como insignia de su cargo. Su delgado cuerpo mostraba las señales de la mala alimentación colectiva, pero su mentón y sus ojos eran obstinados, y tenía la boca torcida en una sonrisa que jamás se borraba. Ralph, con su habitual nerviosismo, recorría la estancia, chupando afanosamente su estropeada pipa.

Arno se acomodó junto con Marika en los restos de un desvencijado sofá. La joven había cambiado la túnica de piel del trabajo por un remendado vestido, de color escarlata, que ofendía la vista de Arno, aunque despertaba en él una desconocida sensación. De vez en cuando, sus miradas se encontraban durante una fracción de segundo. Era aquella joven tan distinta de las mujeres incoloras de anchas caderas de su mundo... Arno intuía en ella feminidad y fortaleza, patentes en todas las líneas de su cuerpo.

La joven no apartaba casi nunca la mirada de Ralph. ¿No era muy extraño que una mujer mirase de tal modo a su marido?

Ralph, de pronto, dio media vuelta.

—Lo siento, Arno. Consejo de Guerra. Ven luego a cenar con nosotros.

—De acuerdo —Arno sonrió y se puso de pie.

Marika le imitó.

—Saldré contigo. Estoy preocupada por Laura.

La puerta se cerró a sus espaldas, impidiéndoles escuchar el Consejo. Arno sintió furor por un momento. Si al menos consiguiera enterarse de los puntos importantes, en vez de los detalles que descubría, gracias a alguna observación casual de Marika...

La mujer suspiró y se echó hacia atrás la atezada cabellera con sus manos encallecidas por el trabajo.

—¡Era tan maravilloso en los viejos tiempos! ¡Vivir en casas auténticas, andar sobre tierra con la luz del sol y con aire para respirar! ¡Poseer bellos vestidos y medias de nylon, y hacer algo más que trabajar, sentir la angustia, jugarse la vida cada mañana!

Su vehemencia le sobresaltó.

—Pero, Marika...

—Hace dos mil años. ¿Por qué no pude nacer dos mil años antes?

Aquello aturdió a Arno. ¿Cómo era posible que Marika considerase el siglo XX como la época anterior a las tinieblas, cuando él creía lo contrario? En el siglo XXI, los últimos rebeldes de la Tierra huyeron a Venus, desde allí a Marte, y más adelante al asteroide donde ahora se ocultaban. La fuerza del Estado de la Tierra los había acosado, perseguido por sus herejías, sus anarquías, su malvado individualismo.

Ahora reinaban la paz y el sistema por todas partes, excepto en algunos ignorados rincones de los planetas y en aquel diminuto asteroide, que, gracias a él, el Tri-Estado pronto destruiría.

—¿Qué sensación producirá —continuó Marika—, el estar bien alimentado, bien vestido, y poder besar al marido, cuando se marche, sabiendo que volverá?

Le tembló la boca y había lágrimas en sus pupilas. El corazón le dio un vuelvo al desconcertado Arno. Pero se rehizo con firmeza.

—¿Qué hará Ralph ahora?

—¡Luchar! —repuso Marika con decisión—. ¡Saldrá de nuevo, una y otra vez hasta que muera, como Karl! —calló y miró a Arno, casi con desafío bajo la débil luz de radio—. Me gustaría llorar, Arno. Me estoy conteniendo, pero ya no puedo más. Se trata de una batalla perdida. Y Ralph no tardará en morir. Como todos nosotros. ¡Y ya no puedo sentirme valerosa!

De repente se echó a llorar tapándose el rostro con las manos apoyadas en el hombro del espía. A su pesar, éste sintió como un chasquido en la armadura que rodeaba su cerebro, y vio al asteroide tal como era: una tumba de esperanzas muertas, de gloria fenecida, de vida inerte. ¿Por qué luchaban, si lo sabían?

Rodeó a Marika por la cintura. No recordaba haberlo hecho nunca. La joven era como un animal, cálido y lleno de vitalidad.

Arno apartó las manos con súbito temor. Era como si retrocediese al borde del abismo, al borde de lo ignoto. Calló mientras ella dejaba correr libremente las lágrimas, hasta

que recobró el dominio de sí misma y se apartó de él. A Arno le dolían los dedos que la habían acariciado.

Marika se llevó las manos a sus enrojecidos ojos y lanzó un juramento.

—¡Maldita sea por comportarme como una estúpida! Pero ahora me siento mejor. Creo que una mujer tiene que llorar de vez en cuando, aunque sea de forma mecánica. Pero no se lo digas a Ralph... Gracias, Arno.

La vio desaparecer por el corredor, en busca de Laura. Su vestido rojo resplandecía en la penumbra, al igual que su dorada cabellera. Arno trató de pensar en el Consejo, en su deber. Pero su mirada continuó siguiendo a Marika.

Al otro lado de la puerta cerrada, Ralph continuaba paseando incansablemente, envuelto en una nube de humo.

—Algo va mal —decidió—. Con esta nueva pintura invisible teníamos que estar a salvo, ya que las naves no son magnéticas. Pero nos acorralaron, como si conociesen nuestra presencia allí.

Ambos individuos le miraron agudamente.

—¿Sabes lo que estás insinuando?

—¡Lo sé! —Ralph se apartó el cabello de la frente con nerviosos dedos—. Es increíble que uno de los nuestros... No, el Tri-Estado puede haber enviado un espía.

—Una posibilidad. Remota, pero una posibilidad —el padre Berrens meneó la cabeza con desconsuelo.

—Si hay un espía —afirmó Frane—, tenemos que descubrirlo rápidamente. Necesitamos provisiones.

—¿Cuánto tiempo podemos resistir sin ellas, Frane?

—Tres semanas, quizá un día o dos más. Pero no más tiempo.

—¡Dios mío! —el huesudo rostro de Ralph se tensó. Aquello era un golpe para su corazón—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Estás haciendo cuanto puedes —le contestó el padre Berrens—, y no queríamos angustiarte más.

—¡Tres semanas! ¿Tan cerca estamos del fin? ¡Pelear dos mil años y ahora...! ¡Tres

semanas!

Berrens esbozó una sonrisa.

—¡Conseguirás el triunfo en el próximo ataque!

—¿Y si no es así? ¡Si no es así...! —Ralph volvió a su paseo, cansinamente, con una sensación de futilidad en su interior. La habitación permaneció unos instantes en silencio. Por fin, Ralph volvió a hablar—: La nave, Frane. Tiene que estar dispuesta en diez días.

Frane asintió.

—Triplicaré los turnos. Tenemos que poner el metal en la cúpula.

—Lo que sea, mientras podamos seguir respirando. ¡La nave tiene que estar lista dentro de diez días!

—Tal vez —opinó Frane, sombríamente—, sería mejor convocar a los nuestros de las bases planetarias, sin aguardar.

—No. Este Sistema Solar nos pertenece. ¡Y no pienso rendirme sin luchar!

—Pero has combatido ya tanto, Ralph... —la voz del padre Berrens sonó infinitamente fatigada—. El Tri-Estado tiene veinte siglos de experiencia en su favor. Y es difícil romper esta barrera. Los suyos poseen casas y alimentos. Cuando el estómago de un hombre está lleno es difícil destruirle, aunque no posea cerebro ni alma.

—De acuerdo. ¡Pero, maldición...! —Ralph se detuvo, mientras sus pupilas recorrían el cuarto—. ¡Tenemos que continuar! Su maquinaria se detendrá por su propio impulso. Han perdido ya a sus mejores cerebros. Empiezan a estancarse, y el estancamiento significa regresión. Sin su ciencia no habrían podido resistir estos dos mil años. Ni dos siglos. Y ahora empieza a fallarles la ciencia. Durante los últimos noventa años no han producido nada nuevo.

—Si pudiéramos resistir un poco más...

Frane apretó los labios.

—No es posible luchar sin hombres ni armas.

—¡Sí, con los hombres que nos queden! Yo conseguiré el metal que necesitamos. Concededme cuatro horas de sueño, y volveré a salir. ¡Esta vez atacaremos Titán!

—¡Titán! ¡Estás loco, Ralph! Es el centro minero más poderoso del Sistema. ¡Te destruirán!

—Tal vez. Pero no os inquietéis por nada. Iré solo, en el viejo Sparling.

Ralph sabía, como los otros, que tenía una probabilidad entre mil. El Sparling era una reliquia de los viejos tiempos, un complicado mecanismo de combate capaz de ser controlado por un solo hombre, equipado con rayos de tracción desde la base. Pero para gobernarlo era preciso un superhombre. Era una nave temperamental y engañosa, que poseía una infinidad de tretas. Por esto no habían construido ninguna más de aquel tipo, al cabo de la primera docena. Y habían perdido nueve en un mes.

—No me buscarán cerca de Titán —siguió Ralph—. Allí, existirá menos peligro de que detectasen una sola nave. Si no regreso en diez días, proceded a la carga.

—Prueba una vez más con el escuadrón —insistió Berrens.

—Ya no nos quedaría tiempo, si fracasamos. Y tal como se han desarrollado los tres últimos ataques, de nada serviría tampoco. Tened bien entendido que nadie debe saber cuando parto, ni dónde. Ni siquiera Marika.

—Pero si aquí hay un espía —intervino Frane—, el Tri-Estado conoce la situación de la base. ¿Por qué simplemente no nos bombardean?

—Quieren información. Aunque todavía pueden bombardearnos. Confiemos en que no lo hagan. Lo mejor mientras tanto, será descubrir al espía. Desenmascararlo. ¡Y preparadlo todo, sin esperarme!

El padre Berrens meneó la cabeza. A menos de ocurrir un milagro, no conseguirían atrapar a un espía diestro en menos de tres semanas, cuando había conseguido librarse de toda la vigilancia y penetrar en la base.

—Parece un caso perdido —admitió—. Pero lo intentaremos, Ralph. Ten cuidado... y regresa, por el bien común.

Cuatro horas más tarde, Arno, que estaba comprobando una serie de informaciones para el comisario, y satisfecho por la carestía de materiales, levantó la vista y vio a Marika junto a su mesa. Estaba muy pálida y rígida, con las manos cruzadas, y muy tenso el rostro.

—Arno, Ralph se ha marchado. No me dijo donde, pero he hablado con sus ayudantes. Se ha ido solo, y he descubierto que falta de la base el viejo Sparling. ¡Oh, Arno, estoy asustada!

¡Ralph había partido para un ataque solitario! Tenía que comunicárselo al Protector. Representaría su papel de amigo de Marika hasta que la joven se marchase y entonces...

¿Por qué una mujer tenía que experimentar aquellos sentimientos hacia un hombre?
¿Cuál era la bárbara emoción que el Estado había prohibido a sus vasallos?

Arno llevaba ya ocho meses viviendo entre los rebeldes, y los estudiaba con la actitud impersonal con que un científico contempla a los microbios. Arno había sido una maquinaria fría y eficiente, que cumplía las órdenes recibidas del mejor modo posible. Y no entendía a los rebeldes, ni deseaba entenderles. Toda su devoción era para el Estado, para la voluntad del Estado, para las necesidades del Estado.

Pero la maquinaria que encerraba Arno, de repente, no respondía como debiera. Sentía impulsos extraños y una fuerza que le asustaba, porque era completamente indescifrable para su filosofía.

—Arno —susurró Marika—, estoy asustada. Lo he estado a menudo. Ya no soy fuerte. Ralph se ha ido. Morirá.

“Es una rebelde —pensó Arno—. Se cree superior al Estado”.

Se dijo también que sólo por representar un papel, había avanzado hacia la joven. Ésta le tendió los brazos con naturalidad, como una niña que necesita consuelo. Arno sintió como la vida insuflaba poder a aquel cuerpo, y experimentó de nuevo aquel impulso interior. Los labios de Marika estaban muy cerca de los suyos, como una roja cicatriz en su cara de mármol.

La besó. Y tuvo un acceso de horror, de odio hacia sí mismo. Jamás había besado a una mujer. Era una traición..., una debilidad, un desafío al Estado.

Se apartó bruscamente y ella continuó de pie, contemplándole.

Arno cerró la puerta y sacó el transmisor de su cinto. Dos veces empezó a formar la clave, y dos veces detuvo sus manos. Se sentía irritado por su vacilación, pero el rostro de Marika se hallaba entre él y la radio. ¿Y si Ralph no regresase?

¿Haría Marika como Laura, como las demás mujeres que habían perdido a sus maridos? ¿Por qué le importaba a él? Se sintió aturdido, perdido, estremecido.

El diminuto transmisor en su mano le contemplaba acusadoramente, y tuvo que afirmar el pulso para que no cayese al suelo. Los rebeldes y sus bárbaras costumbres no eran cosa suya. El Estado le había dictado unas órdenes. Y todo el objetivo de su vida se concentraba en la servidumbre al Estado, sin formular preguntas ni albergar

idea alguna.

Las palabras del Credo aprendido en su infancia volvieron a su memoria.

“Creo en el Estado que me protege, y reniego de todas las demás creencias. Ojalá mi vida, se pierda toda en la obediencia y el servicio.”

¿Qué mayor gloria para un hombre que servir al Estado?

La voz de Arno sonó segura cuando habló con el Protector del Pueblo.

—El caudillo de los rebeldes ha partido solo para un ataque solitario en una nave anticuada..., una Sparling. Destino desconocido, pero los rebeldes necesitan provisiones desesperadamente.

—Avisaremos a todas las minas —asintió el Protector—. Continúa cumpliendo las órdenes.

Frane cumplió su palabra. Se triplicaron los turnos, trabajaron todos, hombres, mujeres, adolescentes. Pese a su fingida herida en la cabeza, Arno fue declarado apto para tareas ligeras y enviado al taller.

Debido a la premura, se apartó gran parte del velo del secreto. Sólo se mantuvo en silencio el objetivo de la nave y el diseño de sus motores.

Arno soltó un respingo a la vista de la nave. Era enorme. Calculó que podía albergar a más de diez mil personas y provisiones concentradas. No había visto nunca nada igual, ni siquiera en los talleres del Tri-Estado.

Pero la gente murmuraba. Los rebeldes eran terriblemente murmuradores, ya que podían hablar como quisieran, y dejaban circular toda clase de rumores. La nave era un arma ofensiva. Estaba destinada a destruir los planetas. Iba a convertirse en un mundo flotante. Iba a recorrer los caminos planetarios, destruyendo las naves del Tri-Estado.

Arno comunicó todo esto a la Tierra, pero no se acercó a la verdad. Transcurrieron nueve días sin noticias de Ralph. No había comunicación por radio entre la nave y la base, porque hubiera permitido al enemigo descubrir la situación de Troya. Se acortaron las raciones. El combustible para la luz y el calor se redujo al mínimo, pero los sintetizadores de alimentos no cesaban de funcionar constantemente. Las cúpulas quedaron desprovistas de todo el metal que contenían, excepto los muros y las unidades de bombeo. Las fraguas trabajaban día y noche. Interminables riadas de hombres y mujeres trabajaban, transportaban, remendaban, ajustaban. El sueño quedó reducido a un período de cuatro horas, del todo insuficiente para los agotados

cuerpos.

Y al décimo día, la nave quedó terminada.

Los hombres se dejaron caer al suelo, exhaustos. Frane y el padre Berrens conversaron con Marika bajo la enorme envergadura de la nave, y Arno, que procuraba siempre no alejarse de su fuente de información, escuchó el diálogo.

Pero no había mucho que oír.

—Diez días —dijo Frane, tristemente—. Tendré que convocarles.

Marika, demasiado agotada para experimentar ninguna emoción, los miró fijamente.

—Ralph no ha vuelto, ¿verdad?

El padre Berrens le puso una mano en la espalda.

—Todavía no es demasiado tarde. Esperaremos dos semanas.

Arno no apartaba los ojos del rostro de Marika. ¿Convocar a quién? ¿Esperar... qué? Debía permanecer al acecho e informar cuidadosamente. Los rebeldes planeaban un intento desesperado, y el Estado debía recibir el aviso.

Recordó las palabras del Protector: No debes fracasar.

El Sparling flotaba inmóvil, como fina mota invisible en medio de las espantosas tinieblas. Saturno giraba sus relucientes anillos contra el infinito. Ralph, entumecido por los catorce días de encierro, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, estaba inclinado sobre la pantalla del telescopio en medio de una asombrosa maraña de instrumentos.

Estaba siguiendo a Titán, vigilando los cohetes transportadores de minerales que despegaban del planeta. Durante los diez días de su acecho, ninguna nave había despegado con escasa escolta, por lo que su ataque, carecía de suficiente posibilidad de éxito.

—Debe haber un espía en la base —exclamó en voz alta, por enésima vez.

El sonido de su enronquecida voz al resonar en las paredes de metal, pareció aliviar el pesado silencio que le rodeaba.

“El espía ha conseguido informaciones importantes, pero tampoco las necesita. Con los movimientos generales, el Tri-Estado puede sabotear todas nuestras operaciones.

¡Oh, Dios mío, haz que Frane y Berrens no le permitan sabotear la nave!”, pensó.

La boca de Ralph se torció en una cínica sonrisa.

—El espía no podrá sabotear la nave. Si no posee una bomba atómica, no podrá afectarla, y es imposible la existencia de una bomba atómica en la base, ya que los detectores la habrían descubierto. Lo único que puede hacer...

Sacudió la cabeza para descartar aquella espantosa posibilidad. Ni por un segundo debía pensarlo. No, todo iría bien. Dios no les abandonaría, no, después de tantos siglos de lucha.

Sin hacer caso del hambre que le atormentaba, concentró su atención en el telescopio. Permitió que una de sus cápsulas nutritivas se disolviera lentamente en su boca, recordando lo que había leído en los libros antiguos. Filetes calientes, verduras frescas, frutos jugosos. Aquella idea le hizo la boca agua. Se tragó la pastilla apresuradamente, lanzando una maldición.

A través de la pantalla pudo divisar la Tierra, Venus, Marte, flotando en sus amplias órbitas en torno al diminuto y distante Sol. Ralph había nacido en la base de Troya. Jamás había visto la luz solar, ni el azul del cielo, ni la hierba, ni respirado otro aire que el procedente de los tanques químicos. El Estado se lo había prohibido al pueblo, excepción de los rebeldes ocultos en oscuros rincones de algunos planetas.

—Algún día volveremos a gozar de lo que nos pertenece.

Sus inquietos ojos azules, cuyo fuego brillaba ya de manera mortecina, volvieron a concentrarse en Titán. El cronómetro señaló otra hora. Cinco transportadores de minerales surgieron al vacío, pesadamente cargados. El sueño terminó por apoderarse de él. Y cuando se despertó había transcurrido el día decimoquinto.

—Tengo que regresar. Me quedan cuatro días para volver.

Maldijo amargamente. Era duro tener que rendirse al cabo de tanto tiempo, verse derrotado por unas cuantas toneladas de metal. A pesar suyo, su mano se dirigió a la palanca de arranque.

Y entonces se inmovilizó. Procedente de Titán, cruzó por la pantalla una llamarada.

Un transporte de mineral, acompañado sólo por tres naves. ¡Una oportunidad! ¡Una tentadora oportunidad!

Demasiado tentadora. ¿Cómo era posible que aquel transporte sólo estuviera custodiado por tres naves, cuando los demás disponían del doble? Tal vez fuese una

trampa. Era evidente que desconocían su presencia, pero podían proceder de modo idéntico en las demás minas. Podían haber ordenado relajar la vigilancia, a fin de sorprenderle y atraparlo con más facilidad.

Recordó la nave de Troya y lo que significaba para él. Pensó en Marika, sobre todo en ella. Y de nuevo contempló aquellos tres planetas que antaño habían sido suyos y el transporte de mineral que significaba la posibilidad de que volvieran a serlo. Sabía que tenía razón al odiar al Tri-Estado. Si al menos pudieran resistir...

—Vamos, cariño —animó a su vieja nave—. ¡Veamos qué puedes hacer!

Como un meteorito, se lanzó contra el transporte, con las manos fuertemente asidas a las palancas del cuadro de mandos. Una nave estalló en llamaradas bajo su rayo. Un nuevo disparo fundió los tubos del transporte, privándolo de toda iniciativa.

El Sparling vomitaba rayos bajo el control de sus manos. Pero también se movía engañosamente. Ralph soltó una maldición mientras se dirigía hacia otra nave. La tercera maniobra preparando sus tubos de disparo. El rayo de la muerte de Ralph surgió súbitamente. La nave, alcanzada, retrocedió arrastrando a sus muertos tripulantes hacia el vacío.

El Sparling se ladeó frenéticamente, y el disparo sólo lo alcanzó en la parte inferior. Pero Ralph gritó por efecto del insoportable calor. Medio ciego, condujo la nave hasta un lugar seguro, y se dispuso a lanzar el ataque final.

Y entonces las distinguió; naves del Tri-Estado que despegaban de las bases en las lunas de Saturno. ¡Era una trampa! Ya no podía defenderse. Imposible enlazar un rayo de tracción al transporte de mineral. Sólo podía huir... ¡huir y rezar!

El Sparling bailoteaba sin rumbo. Ralph lo maldijo, maldijo a quien lo inventó, y se maldijo a sí mismo por su locura. Un disparo efectuado en un ángulo inverosímil dejó a la tercera nave fuera de combate con los tubos fundidos.

Un rayo rozó su estructura, calentando la nave casi al rojo vivo, y luego quedó en libertad.

Ralph aceleró la velocidad del Sparling, pero éste se bamboleaba. Uno de los rayos había perjudicado algún filamento de sus intrincados controles. Ralph oyó una alteración en la rítmica vibración de la nave, la cual comenzó a derivar alocadamente. Las naves del Tri-Estado se aproximaban con fatídica rapidez.

Por un momento, Ralph permaneció sentado, con las manos extendidas sobre las palancas. Al fin y al cabo, sabía que tenía que llegar aquel momento. Había hecho elección por su libre albedrío, plenamente consciente. Era peor que el infierno...,

ahora que el momento había llegado, sabiendo que Marika le esperaba, sabiendo que la nave estaba a punto. Pero...

Ahora podía ya permitirse aquel lujo. Se tragó el resto de las cápsulas y abrió plenamente el tanque de oxígeno. Al menos, moriría con el estómago lleno y con aire en los pulmones.

Obligando a la nave a dar media vuelta, se encaminó como una flecha hacia Saturno y las naves enemigas.

Torció la boca y con su ronca voz dijo, sin emoción alguna:

—¡Abre las escotillas, Dios, que ahí va un hombre libre!

El día decimoctavo, había tocado a su fin. Las cúpulas estaban frías, hasta un extremo insoportable. El aire estaba viciado. Una bomba había cesado de funcionar, de forma que los diez mil hombres, mujeres y niños, estaban jadeando pesadamente en los talleres y el hangar. Oculto tras una columna, Arno hablaba en voz baja.

—Todos están aquí. Todo el personal de las bases planetarias. La última nave llegó hace una hora. Todavía se desconoce el objetivo de esta enorme nave, pero se ha completado la carga. Están aguardando a Ralph, pero dentro de los dos días próximos ejecutarán su plan previsto sea cual fuese. Apenas les queda combustible.

Sin poder refrenarse, poco después preguntó:

—¿Ha muerto Ralph?

—Sí —la voz del Protector del Pueblo sonó fría y precisa—. No es necesario conocer el objetivo de la nave. Puesto que toda la población rebelde del Sistema se halla ahora en la base de Troya, puede ser destruida de un solo golpe.

Arno asintió. Esto, naturalmente, significaba una flota y bombas. Su tarea había terminado.

—¿Cómo saldré de aquí, Excelencia?

Hubo una leve nota de sorpresa en la voz del Protector.

—¿Salir? La tarea para la cual se te eligió y que se te encomendó ha terminado. El Estado ya no te necesita.

Bruscamente, el pequeño transmisor calló. Arno lo miró, mientras se le nublaba la vista.

Era lógico. Había dado tres hijos y una hija al Estado. Ya había cumplido con su deber. Era únicamente una pieza del engranaje, y carecía de utilidad. Y el Estado no conservaba las piezas inútiles.

La Tierra era la base más próxima del Tri-Estado... un vuelo de dos horas para los veloces bombardeos en la actual intersección orbital. Dos horas. Los rebeldes esperarían a Ralph hasta el último instante, sin saber, que estaba muerto. Lo cual significaba, al menos, otro día.

¡Dos horas! ¡Si al menos hubiese sido inmediato! Pero la espera, la tensión...

Las bombas destruirían las cúpulas, convirtiéndolas en polvillo cósmico, y con ellas el asteroide entero. Dos mil años de revueltas y agitaciones terminarían, y reinaría la paz en el Tri-Estado.

La nube que le rodeaba fue afianzándose, a medida que Arno comprendía la verdad, la lógica e irrefutable verdad. Ya no era nada. Su utilidad para el Estado había concluido. ¿Qué importaba que muriese?

Continuó contemplando la silenciosa radio. Vio la mano que la sostenía... una mano fuerte y juvenil, llena de nudos y tendones, con la sangre circulando generosa bajo la piel.

Su mano. El Tri-Estado la dirigía, pero era él quien sentía el dolor si era herido.

El transmisor se aplastó contra el suelo, pero Arno no se dio cuenta. Estaba contemplando su cuerpo como si jamás lo hubiera visto, pasándose los dedos por sus muslos, sintiendo la respiración de sus pulmones, escuchando la pulsación de su sangre en las venas. Y entonces desvió la mirada hacia las vastas y carcomidas cúpulas, a los diez mil hombres, mujeres y niños, que aguardaban bajo la inmensa estructura de la nave.

Un grupo de jóvenes estaban canturreando a su derecha, una antigua, muy antigua canción prohibida concerniente a una chica llamada Susana. Algunas familias —una palabra anárquica jamás oída en el Tri-Estado—, se apretujaban entre sí, hablando en voz baja. Arno escudriñó sus rostros, cada uno de ellos diferente. No había unidad de facciones en los hombres, ni en las mujeres, ni en los jóvenes. Eran diez mil personas.

Arno se aferró firmemente a su credo. Y entonces comprendió que aquella gente también poseía un credo y lo servía con el sacrificio de sus vidas. Como Karl. Como Ralph. Ralph..., cuyo regreso aguardaban aquellas diez mil personas.

¡Dos horas! ¿Qué pensarían estas diez mil personas, de saber que dentro de dos horas

morirían? Quizá no fuese así. Sabían que la nave significaba algo extraño, que representaba algo casi imposible. Pero tenían que morir.

El Estado elige..., el Estado forma..., el Estado ya no te necesita...

Arno se llevó las manos a la cabeza para ahogar una blasfemia, y aquel contacto le tornó consciente de su propia carne.

Se zambulló en un mar de humanidad, tropezando con miles de piernas y abriéndose paso a codazos.

La cabellera dorada de Marika y sus anchos hombros surgieron de entre aquella masa, debajo de la nave y Arno se dirigió hacia ella.

Los cuerpos y los ojos que le contemplaban poseían cerebros. Podía sentir la tensión que reinaba bajo la cúpula, la extraña oleada de vida que palpitaba siempre en una multitud.

Los hombres le maldecían al tropezar con ellos, pero debía llegar hasta Marika. No sabía por qué, pero era su deber.

Vio a Laura al lado de la joven, con su hijo en brazos. Estaba hablando con Marika. Ésta besó al niño y sonrió.

—Le he dado tres hijos al Estado —pensó Arno en voz alta—, pero jamás he besado. Era sólo un deber.

¡Un deber! Ahora su deber era morir por el Estado. El deber tan asimilado que jamás pensó en él de manera subjetiva. ¿Cómo era posible que aquellos rebeldes le hubieran envenenado?

Se acercó a Marika.

La joven estaba pálida, tenso el semblante.

—¿Qué te ocurre, Arno? —se interesó ella—. Pareces enfermo.

—No..., no lo sé.

La miró, y de repente supo qué le pasaba. Lo había leído en los antiguos libros que comprendía su formación. Estaba enamorado.

Los bombarderos del Tri-Estado ya surcaban el espacio. Su deber era claro. Pero estaba enamorado... ¡enamorado, como un rebelde pagano!

La poderosa mano de Marika le asió de la túnica, estremeciéndole.

—¿Qué te pasa, Arno? ¡Dímelo!

No podía mirarla a los ojos. Y entonces, la voz del padre Berrens resonó en el audífono, y todas las cabezas se giraron a escuchar.

—Ha llegado el momento de explicaros por qué os hemos convocado, y el motivo de construir esta nave. Lo hemos mantenido en secreto por dos razones. No queríamos que existiese la menor posibilidad de que el Tri-Estado pudiera enterarse, y no veíamos motivo para inquietar a todos nuestros amigos, mientras alentara aún una esperanza de utilizarla. Pero ahora...

“Los bombarderos... ¿Cuánto tiempo?”, pensó Arno.

—Esperaremos a Ralph hasta el último minuto —prosiguió el padre Berrens—, pero debemos estar preparados. Dentro de cuatro horas empezará el traslado a la nave. Por favor, escuchadme y tratad de comprender. ¡Tened fe y valor! Vais a necesitar ambas cosas, más que nunca.

“Durante dos mil años hemos combatido contra la tiranía, contra la destrucción de Dios y del hombre como individuo. Hemos sido débiles, y el Estado poderoso. Al principio, esperamos demasiado. Ahora, cuando parecía surgir una oportunidad, cuando la maquinaria del Estado empezaba a fallar, debemos irnos de aquí... por culpa de unas toneladas de metal.

“Si es cierto que hay un espía entre nosotros, le felicito. El Estado sabrá recompensarle bien. Nuestros hombres han muerto como valientes, pero no disponemos de metal. La única salida que nos resta es huir..., o morir a manos del Estado.

Arno le escuchaba como a través de una bruma. Los minutos iban transcurriendo a cada latido de su corazón. Sus latidos... los latidos que el Estado podía destruir, pero no controlar.

La mano de Marika seguía aferrada a la suya. Laura estaba de pie, inmóvil a su lado, con el gimoteante niño en sus brazos. Podía intuir la tensión de aquellas diez mil personas que escuchaban en completo silencio.

—¡No hemos de esperar más a Ralph! —gritó.

No quería decirlo. Pero lo hizo porque Marika le estaba mirando.

La mano de ella se contrajo en la suya.

—¿Por qué no, Arno?

—Por nada... Fue una tontería.

—¿Tontería? Cuando él está fuera, solo, luchando... Arno... ¿qué sabes?

Ahora las manos de Marika le dolían, como aquel día en que ella sollozó en el vestíbulo.

Poco después, hasta el dolor desaparecía.

El Estado ya no te necesita...

¿Y si no fuese así? ¿Y si él, Arno, deseara a su cuerpo, quisiera conocer el amor de una mujer, concebir un hijo propio, sentirse no como una simple pieza de una máquina? Apartó la mirada de Marika, librando la última batalla en favor de su credo, de su religión.

Y entonces vio a diez mil personas, que esperaban.

Buscó los ojos de Marika.

—Ralph ha muerto —declaró—. Yo le maté. Como maté a Karl y a los demás. Yo soy el espía.

La joven se apartó de él con horror. Laura chilló, con un extraño y terrible sollozo estrangulado, y el padre Berrens dejó de hablar.

—¡Ralph! —murmuró Marika—. ¡Ralph...! Lo sabía... ¡Un espía!

Arno se atragantó, aterrado por lo que acababa de hacer, perdido en un caos de pensamientos. Todavía podía destruirles. Podía callar respecto a los bombarderos, y nada ya tendría importancia.

Y entonces diez mil personas... Frane y Berrens y Laura. Y Marika, que le estaba mirando horrorizada porque él había matado a Ralph. Sus propios amigos jamás le echarían de menos. Tendrían hijos para el Estado, nuevas piezas de la colosal maquinaria.

Marika, siempre Marika. Ella era su derrota y su respuesta. Lo era todo. Mirándola, viendo cómo iba retrocediendo, apartándose de él, Arno se estremeció de temor y de amargura. Si al menos lo hubiera sabido antes...

—¡Padre Berrens! —gritó.

Las palabras no parecían surgir de su garganta. Y aunque parte de su cuerpo pareció retroceder horrorizado, reclusándose en sí misma, continuó hablando sin cesar.

Cuando hubo terminado, el padre Berrens tenía el rostro tenso, y su voz era extrañamente dura cuando formuló sus instrucciones.

Se produjo el caos en torno a Arno, luego una especie de orden frenético. En un mundo a muchos kilómetros y kilómetros de distancia, se formaron unas colas de hombres, mujeres y niños, para ir penetrando en la nave a través de sus vastas portillas. Pero Arno sólo podía ver a Marika.

Era agradable creer, como creían los rebeldes, que un hombre seguía viviendo después de morir su cuerpo torturado.

Esto era una blasfemia para el Estado. Pero es agradable.

El padre Berrens llegó, respirando pesadamente.

—¡Tiempo! ¡Nos falta tiempo! ¡Pero lo lograremos! ¡Con la ayuda de Dios lo lograremos!

Una pausa y el padre Berrens gritó:

—¡Marika!

Pero no pudo detenerla. La pistola que había sacado del cinto de Frane estaba ya apuntada. Arno vio llegar el impacto.

La emponzoñada aguja se clavó en su corazón.

Tuvo una última visión del hermoso y fiero rostro de Marika, con su dorada cabellera cayendo flojamente sobre sus hombros. Era como un cuerpo de piedra la muchacha. Le vio caer desapasionadamente, como hubiera contemplado a una cucaracha muriendo bajo sus pies. Después, dio media vuelta y corrió hacia la nave.

Una neblina se apoderó del cerebro de Arno, borrando los rumores del éxodo. Pero aún oyó la voz de Laura:

—¡Padre, todos los planetas están cerrados! ¿Dónde iremos?

—Por el momento, hemos perdido los planetas. Pero esta nave fue diseñada para ir

más allá. Hija mía, todavía nos quedan las estrellas.